eran del real de Cortés, de lo cual recibió muy gran pesar..... (recomendaba aquél) que no pasásemos puente ni abertura de la calzada sin que primero la tuviésemos ciega, é que no quedase casa que no se derrocase y se pusiese fuego; y con los adobes y madera de las casas que derrocábamos, cegábamos los pasos y aberturas de las puentes; y nuestros amigos los de Tlascala nos ayudaban en toda la guerra muy como varones." [1]

Faltos ya de mantenimientos los mexicanos, empezó á morir "mas gente de hambre que no á hierro: que oí certificar que daban por un puño de maiz un puño de joyas de oro ó de piedras riquísimas, y así ascondidas hubo algunos principales de las provincias cercanas que acudieron con algun maiz para solo llevar joyas de la ciudad de México, especialmente los de Cuitlavac y Culhuacan y Mizquic y de la ciudad de Xochimilco, los cuales quedaron entonces de aquella necesidad ricos y con mucho oro y joyas y piedras y plumas; y así lo que mas les hizo la guerra fué la grande hambre y necesidad de mantenimientos que tuvieron, y así les fué forzoso á los soldados huir de México á sus tierras y desamparar la ciudad y dexar al Rey solo con sus mexicanos."[2]

Ahora bien, aunque los mexica luchaban no sólo con *infinitos* enemigos, sino además con el hambre y la peste, aun resistían con heroicidad sobrehumana, desplegando una táctica admirable; día á día ideaban inteligentes ardides para destrozar las enormes guarniciones que les cercaban; de esta suerte tendieron una astuta celada á Alvarado y á sus soldados: atácanle primero denodadamente, y luego, tras porfiada lucha, muéstranse desmoralizados, retroceden y echan á huir, al parecer, en el mayor desconcierto; síguenles llenos de salvaje entusiasmo sus enemigos, "y cuando no nos catamos (dice Díaz del Castillo), tenian encubiertos en partes que no les podiamos ver tanta multitud de guerreros que nos salen al encuentro, y otros muchos dende las azuteas é dende las casas; y los que primero hacian que se iban retrayendo, vuelven sobre nosotros todos á una, y nos dan tal mano, que no les podiamos sustentar; y acordamos de nos volver retrayendo con gran concierto; y tenian aparejadas en el agua y abertura que les teniamos ganado, tanta flota de canoas en la parte por donde primero habiamos pasado, donde no habia hoyos, porque no pudiésemos pasar por aquel paso, que nos hicieron ir á pasar por otra parte adonde..... estaba muy mas honda el agua y tenian hechos muchos hoyos; y como venian contra nosotros tan-

1 Díaz del Castillo, 179–80.
2 Durán, II, 57.

ta multitud de guerreros y nos veniamos retrayendo, pasábamos el agua á nado é á vuelapié, é caiamos todos los mas soldados en los hoyos, entonces acudieron todas las canoas sobre nosotros, y allí apañaron los mejicanos cinco de nuestros soldados y los llevaron á Guatemuz, é hirieron á todos los mas, pues los bergantines que aguardábamos para nuestra ayuda no podian venir, porque todos estaban zabordados en las estacadas que les tenian puestas, y con las canoas y azuteas les dieron buena mano de vara y flecha, y mataron dos soldados remeros é hirieron á muchos de los nuestros. E volvamos á los hoyos é aberturas: digo que fué maravilla cómo no nos mataron á todos en ellos; de mí digo que ya me habian echado mano muchos indios, y tuve manera para desembarazar el brazo, y nuestro Señor Jesucristo me dió esfuerzo para que á buenas estocadas que les dí, me salvase, y bien herido en un brazo; y como me vi fuera de aquella agua en parte segura, me quedé sin sentido, sin me poder sostener en mis piés é sin huelgo ninguno..... esto que pasó era en el cuerpo de la ciudad; y con aquella vitoria que tenian los mejicanos, todo aquel dia, que era domingo..... tornaron á venir á nuestro real otra tanta multitud de guerreros, que no nos dejaban ni nos podiamos valer, que ciertamente creyeron de nos desbaratar; y nosotros con unos tiros de bronce y buen pelear nos sostuvimos contra ellos, y con velar todas las capitanías juntas cada noche."[1]

Una y otra vez volvían los españoles por las calzadas á combatir á los mexicanos, y una y otra vez tenían también que retraerse á su real: era entonces cuando desplegaban mayor empuje los mexicanos: "porque *venian tan bravosos como tigres, y pié con pié..... con nosotros.*"[2]

Lo mismo que Alvarado, los demás capitanes sufrían de continuo serios descalabros. En uno de tantos encuentros que por su parte sostuvo Sandoval, un mexicano principal, llamado Tlapanecatlecatzin, "arremetió y tomó una bandera de un alferez de los españoles, lo cual se tuvo en mucho atrevimiento."[3] "Como aquel indio..... hubo tomado la bandera al español que guiaba, luego los soldados viejos de los indios tomaron orgullo y comenzaron á dar voces á los que estaban abscondidos tras las paredes, los cuales salieron á pelear contra los españoles; y como vieron á los españoles que venian sin órden y atropellados, embistieron con ellos, y prendieron muchos de ellos de aque-

1 180-81.
2 Díaz del Castillo, 181[2].
3 Sahagún, Relación, 191.

lla vez, que fueron cincuentra y tres, y de los indios tlaxcaltecas y texcucanos, y de los de Chalco y Xuchimilco prendieron gran cantidad, y los presentaron al señor de México y á los otros principales del Tlatilulco que con él estaban en la casa de *Tlacuhcalco;* allí los sentenciaron que todos fuesen muertos delante de los dioses, y con todas las circunstancias con que ellos solian sacrificar á los españoles, con cuatro caballos que les tomaron los sacrificaron todos juntos en un Cú principal que se llamaba *Momozco*, y á los indios, porque eran muchos, los repartieron por muchos Cúes, donde todos fueron sacrificados delante de los ídolos: los demas españoles é indios huyeron y se fueron á sus estancias."[1]

Cortés no adelantaba más que sus capitanes, aunque sí desplegaba mayor vandalismo. Pocos días después del primer asalto, intentó el segundo; su ejército había engrosado extraordinariamente con los nuevos esfuerzos de los tetzcucanos, xochimilca y otomíes, á tal grado, que él mismo confiesa que los aliados indígenas que traía consigo "*era infinita gente;*"[2] á pesar de esto, en el segundo asalto, para llegar al centro de la ciudad, tuvo "mas trabajo y peligro que la otra vez..... (dice él mismo y agrega): Viendo que estos de la ciudad estaban rebeldes y mostraban *tanta determinacion de morir ó defenderse*, colegí dellos dos cosas: la una, que habiamos de haber poca ó ninguna de la riqueza que nos habian tomado; y la otra, que daban ocasion y nos forzaban á que totalmente los destruyésemos..... y no hacia (yo) sino quemalles y derrocalles las torres de sus ídolos y sus casas..... Puesto fuego á estas..... porque ya era tarde recogí la gente para nos volver á nuestro real; y cómo los de la ciudad veian que nos retraimos, cargaban infinitos dellos, y venian con mucho ímpetu dándonos en la retroguarda. E cómo toda la calle estaba buena para correr, los de caballo volviamos sobre ellos y alanceábamos de cada vuelta muchos dellos, y por eso no dejaban de nos venir dando grita á las espaldas:"[3] "era cosa admirable (observa Herrera), la carga de los Mexicanos, la rabia con que la daban, por el sentimiento de la quema de los mas hermosos Edificios."[4] "Este dia sintieron y mostraron mucho desmayo, especialmente viendo entrar por su ciudad, quemándola y destruyéndola, y peleando con ellos, los de Tesáico y Calco y Suchimilco y los otumíes, y nom-

1 Sahagún, Relación, 192.
2 221.
3 221-22.
4 III, 32[2].

brándose cada uno de donde era; y por otra parte los de Tascaltecal, que ellos y los otros les mostraban los de su ciudad hechos pedazos ..... E así, nos venimos á nuestro real á descansar, porque aquel dia habiamos trabajado mucho, y los siete bergantines que yo tenia entraron aquel dia por las calles del agua de la ciudad, y quemaron mucha parte della."[1]

Al día siguiente se continuó la obra de destrucción quemándose "muchas y buenas casas;"[2] empero, "por mucho que madrugaron (los castellanos) hallaron las puentes limpias y quebrada por muchas partes la calzada, como solían hacer los Mexicanos, los cuales toda esta noche no habían dormido porque el Rey Cuauhtemoc personalmente había estado con ellos."[3]

"En todo este tiempo los naturales de..... (Itztapalapa, Huitzilopochco, Culhuacan y Cuitlahuac) que..... nunca habian querido venir de paz..... por el daño que recibian y podian recibir de nuestros amigos, acordaron de venir, y llegaron á nuestro real, y rogáronme que les perdanase lo pasado..... yo les dije que me placia y que..... hiciesen apercebir todas las (canoas) que pudiesen con toda la mas gente de guerra..... y que hiciesen en el real todas las mas casas que pudiesen ..... dijeron que las canoas y gente de guerra estaban apercebidas para cada dia; y en el hacer de las casas sirvieron tan bien, que de una parte y de la otra de las dos torres de la calzada donde yo estaba aposentado, hicieron tantas, que dende la primera casa hasta la postrera habia mas de tres ó cuatro tiros de ballesta.... tan ancha puede ser la calzada que va por lo mas hondo de la laguna, que de la una parte y de la otra iban estas casas, y quedaba en medio hecha calle, que muy á placer, á pie y á caballo, íbamos y veniamos por ella; y habia á la continua en el real, con españoles y indios que les servian, mas de dos mil personas, porque toda la otra gente de guerra nuestros amigos se aposentaban en Cuyoacan, que está legua y media del real, y tambien estos de estas poblaciones nos proveian de algunos mantenimientos."[4] Según Herrera, los aliados indígenas que se aposentaban en Coyohuacan "eran casi docientos mil."[5]

Incapaz Cortés de comprender que no tenían límite el valor y el pa-

1 Cortés, 222-23.
2 Idem, 224.
3 Ixtlilxochitl, I, 365.
4 Cortés, 225-26.
5 III, 33[1].

triotismo de los mexicanos, creyó que con haber muerto la mayor parte de éstos, y quedar combatidos los sobrevivientes por toda la tierra y por el hambre y por la peste, México se rendiría presto; dícenos: "pensábamos que de cada hora se movieran á nos acometer con la paz, *la cual deseábamos como á la salvacion*; y ninguna cosa nos aprovechaba para los atraer á este propósito; y por los poner en mas necesidad, y ver si los podria constreñir de venir á la paz, propuse de entrar cada dia en la ciudad y combatilles con la gente que llevaba por tres ó cuatro partes, y así hice venir toda la gente de aquellas ciudades del agua en sus canoas, y aquel dia por la mañana habia en nuestro real *mas de cien mil hombres* nuestros amigos. E mandé que los cuatro bergantines, con la mitad de canoas, que serian hasta mil y quinientas, fuesen por la una parte, y que los tres, con otras tantas, que fuesen por otra y corriesen toda la mas de la ciudad en torno, y quemasen y hiciesen todo el mas daño que pudiesen." [1]

Aquel escaso ya grupo de héroes, faltos de vestidos, alimentos y armas, muchos de ellos sangrando por las recientes heridas, pero todos con sublime integridad de ánimo, peleaban aún como en el primer día del sitio, desplegando una heroicidad sin igual. Cada mexicano alimentaba solamente un sentimiento, una idea, una aspiración suprema: la salvación de la patria. Por ella lucharían hasta el último aliento: ya lo había dicho su gran Cuauhtemoc. Mientras quedara pues un mexicano en pie, la guerra se prolongaría indefectiblemente, sin tregua ni desmayo, y México no sería entregado al invasor.

Llegábase la "fiesta de señor San Juan de junio (día 24, escribe Díaz del Castillo), que entonces se cumplia un año puntualmente que habiamos entrado en Méjico, cuando el socorro..... de Albarado, y nos desbarataron..... parece ser tenia cuenta en ello el Guatemuz, y mandó que en todos tres reales nos diesen toda la guerra..... que pudiesen..... para acabarnos de una vez..... y mandó que fuese de noche al cuarto de la modorra; y porque los bergantines no nos pudiesen ayudar, en todas mas partes de la laguna tenian hechas unas estacadas para que en ellas zabordasen; y vinieron con esta furia y ímpetu, que si no fuera por los que velábamos juntos, que éramos sobre ciento y veinte soldados, y todos muy acostumbrados á pelear, nos entraran en el real y corriamos harto peligro, y con muy grande concierto les resistimos, y allí hirieron á quince de los nuestros, y dos

1 226.

murieron de ahí á ocho dias de las heridas. Pues en el real de Cortés tambien les pusieron en grande aprieto é trabajo, é hubo muchos muertos y heridos, y en lo de Sandoval por el consiguiente, y desta manera vinieron dos noches arreo." [1]

§ 29. Victoria de Cuauhtemoc.

Á la sazón, los castellanos habían estrechado considerablemente el cerco de la ciudad; la guarnición de Alvarado asentábase casi en el mismo centro de ella: "E..... me espanté (exclama Cortés) de lo mucho que estaba metido en la ciudad." [2] No obstante, la campaña presentaba el mismo aspecto que al principio; no había ni remota esperanza de terminarla. "E yo dilataba de me meter (dice Cortés) mas adentro en la ciudad..... porque nuestra entrada no podia ser sin mucho peligro, porque ellos estaban muy juntos y fuertes y *muy determinados de morir*." [3]

En tal estado las cosas, pensaron los españoles que ganando el mercado ó tianquiztli de Tlaltelolco, "era toda la ciudad casi tomada..... cómo (los de Alvarado) estaban mas cerca..... (de dicho mercado) que nosotros, tenian por caso de honra nos le ganar primero. E por esto el dicho Pedro de Albarado era muy importunado, y lo mismo me acaecia á mí en nuestro real." [4] "Y al fin tanto me forzaron, que yo concedí que se haria en este caso lo que yo pudiese, concertándome primero con la gente de los otros reales." [5]

Convínose así un asalto general sobre México; para llevarlo al cabo, dispuso Cortés que Sandoval "viniese..... (con la mayor parte de su gente) al real de Pedro de Albarado..... (dejando el resto en Tepeyacac, y que una vez unidos ambos capitanes), si pudiesen sin mucho riesgo y peligro ganar hasta el mercado, que lo trabajasen mucho." [6] Cortés por su parte se proponía hacer otro tanto, pero para asegurar su propio éxito, pidió á Alvarado y á Sandoval le enviasen "setenta ú ochenta (españoles)." [7]

Estando pues todos de acuerdo en "que fuésemos entrando de golpe

1 183.[1]
2 228.
3 229.
4 Cortés, 228.
5 Idem, 229.
6 Idem, 229-30.
7 Idem, 230.